

Selene Álvarez Larrauri*

Pierre Bourdieu,
una mirada de aprendiz



El pasado mes de enero murió el sociólogo francés Pierre Bourdieu, calificado por algunos como el *enfant terrible* del pensamiento contemporáneo en la Europa de la posguerra. Sus aportes principales los hizo en los campos de la sociología de la cultura y de la sociología de las ciencias sociales, a través de investigaciones en su mayoría no traducidas al español. Su pensamiento tuvo influencias del marxismo, especialmente gramsciano, y del estructuralismo de Lévi-Strauss y Althusser. Analizó las propuestas filosóficas, lingüísticas, semiológicas y artísticas de la literatura y la pintura, y se interesó también por el estudio del consumismo y sus prácticas en

torno a los bienes simbólicos. Autor de los libros: *Le Déracinement* (1964); *Les Héritiers* (1964); *La reproduction: éléments pour une théorie du système d'enseignement* (1970); *Sociología y cultura* (FCE, 1990); *Las reglas del arte: génesis y estructura del campo literario* (Anagrama, 1995), entre muchos otros. Selene Álvarez Larrauri y Jorge A. González nos ofrecen a manera de remembranza sus reflexiones, por cierto muy amenas, sobre lo que significó su experiencia personal de trabajo al lado del notable pensador francés, desde sus muy particulares perspectivas y circunstancias. (Nota del editor).

Una carta temerosa, una respuesta de aceptación y me fui a París a estudiar con él. Fue asombroso, se trataba del gurú. Pero tal vez la sorpresa más grande fue su sencillez, su capacidad para comunicar de manera simple, conceptos complejos; y la manera en que sus ojos dijeron siempre mucho más que sus palabras, sus casi balbuceos, con su dejo de incertidumbre, dentro del discurso coherente. Sorprendía también su gentileza, poco concordante con la figura interiorizada del personaje que los treinta alumnos, venidos a su seminario de todos los continentes, traíamos. Durante dos años, el aprendizaje con él pasó por la empatía y la identificación de preocupaciones, sensibilidades, limitaciones e inquietudes, pero sobre todo, por la sensación de equipo, de que estábamos en lo mismo, en

aprender cada día más y en hacerlo con pasión, porque las condiciones de vida de muchos así lo ameritaban.

A los "elegidos" para el seminario de educación y cultura de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, nos enseñaba sus *tips*. ¿Cómo hacer si la estadística no era prístina? Se valía aumentarle un puntito para que la gráfica funcionara. Si estábamos confundidos, utilizar el recurso de comparación, el análisis estructural y la investigación histórica. Si se nos caía el mundo encima y perdíamos el rumbo, recurrir a los compañeros y siempre, *toujours, toujours*, a la reflexión. Un sentido del humor delicado y penetrante hacía de esas sesiones una delicia, ya que aunaba las experiencias propias con las de distintos invitados de diversos países que venían a compartir con nosotros su trabajo. Uno podía ver sorpresivamente cómo un análisis his-

tórico perfilaba parecidos insospechados entre la realidad política mexicana y la griega. Cómo era posible que las mujeres fomentaran su propia violentación, cómo los medios masivos de comunicación, el arte, la educación, la cultura, son ámbitos complejos de lo social, campos de guerra simbólicos y de lucha por los recursos. En fin, cómo el *habitus* del empresario, del ama de casa, del publicista, del artista o del maestro era explicable como producto social.

En el Colegio de Francia, donde de-
tentaba la cátedra de sociología, impartía también una serie de conferencias abiertas a un gran público. En los dos años que viví en París (1998-2000) expuso los resultados de su investigación sobre la construcción social del fenómeno maravilloso que fue el pintor Edouard Manet. Explicaba cómo procedía para indagar, para entender y analizar la manera en que este

* Centro Regional INAH Veracruz.

habitus especial podía crear lo que creaba. Transmitía sus trucos y contaba cómo trataba de meterse en la piel de Manet para investir al personaje, para entender que el cuerpo era artífice de prodigios técnicos y expresivos, que resultaban de la construcción social de la mente.

En momentos parecía frágil ante las más de 300 personas. Y ahora, después de la noticia de su muerte por cáncer, recuerdo que no empezó su tradicional ciclo de conferencias en el Colegio de Francia en el mes de enero del 2000, sino en febrero, debido a una operación. Impensable que estuviera ya enfermo, parecía fuerte, animoso y con esa capacidad de concentración que suelo envidiar. Por otra parte, se hacía bolas con las notas, se le olvidaban las palabras y recuerdo que durante una sesión analizó un cuadro de Manet durante una hora, antes de reparar en la diapositiva, que mostraba al auditorio un cuadro totalmente distinto. Al inmenso auditorio del Colegio, al cual había que llegar con tres horas de anticipación si se quería estar sentado, llegó un día el gurú y, con el ánimo más bien decaído confesó: “estoy lleno de dudas”. Ni aún ahora, a sabiendas de que probablemente ya estuviera enfermo en ese momento, dudo que el motivo de sus dudas fuera su trabajo, la construcción de su teoría. Esa misma teoría que yo tanto agradecí, como guía después de muchos años de no saber a ciencia cierta si lo que estaba haciendo con mis investigaciones iba por buen camino.

Su claridad revestida de dudas era difícil de soportar, pero aparecía como un claro instrumento de trabajo. Este dudar de Pierre Bourdieu era la más grande certidumbre que nos podía regalar. Era la esencia misma de lo que él quería transmitir en cuanto a su concepción del trabajo de investigación, y de la formación que quería fomentar en nosotros, los “*habitus* científicos”, como nos y se nombraba.

Más allá del escepticismo, el compromiso y la honestidad, la modestia. Revisarse uno como producto social an-

tes de revisar al otro, trabajar implacablemente sobre la propia persona, hasta los sentimientos más “personales”, era la prioridad número dos. Sostenía que no es posible acceder a una inteligencia clara del espacio social sin poner en evidencia los antagonismos de clase. La realidad social la concebía como un conjunto de relaciones de fuerza entre clases históricamente en lucha, donde no hay manera de ser cómodo observador. Sin embargo, la teoría de Bourdieu representa una serie de rupturas con el marxismo. De estas rupturas, la más clara es la importancia que da a las relaciones de sentidos, a los bienes simbólicos y a la dominación simbólica en las relaciones entre los *habitus*.

Muchas veces me pregunté cómo pasaría sus desvelos. Me imaginaba que esa disciplina de autodiagnosticarse, de entregar cuentas a uno mismo antes que a los otros, tendría que no sólo quitarle el sueño, sino provocarle pesadillas. Su vida privada fue rotundamente preservada de toda intromisión. El celo casi ofensivo de no dejarse ver más que como maestro, como trabajador-artesano de la construcción teórica de la realidad social y su reproducción por parte de todos nosotros, me llamaba mucho la atención y pensaba que tendría que ser una especie de infierno. Un día, sin embargo, le escuché describir cómo pasaba sus días de trabajo, sus vacaciones, cómo era su jornada y las cosas que pensaba y hacía. No sólo se parecía a la de cualquiera de nosotros, sino que aparecía pasible, agradable y sin asomo alguno de angustia o soledad. Una certidumbre más de que los investigadores sociales somos también *habitus* que tienen sus razones de ser y sus estrategias para sobrevivir y reproducirse. Así, somos objetos estudiados también, herejía que pocos intelectuales en todo el mundo llegaron a perdonarle.

Otra cosa que me sorprendía era no sólo cómo podía ser tan agredido, incomprendido y atacado por la mayoría de los intelectuales franceses, sino la paciencia y la dedicación con la que se detenía a

explicar que le habían entendido mal, recurriendo frecuentemente al “lo que quise decir fue que...” de manera tranquila e infatigable. Aquel auditorio se llenaba de historiadores del arte que no concebían que el análisis de la producción artística no fuese un estudio iconográfico o un análisis de las influencias del artista, y no dudaban en protestar. A cada sesión, traía innumerables apuntes para contestar a cada desacuerdo y volvía a explicar lo mismo y a subrayar que no era una agresión a la comunidad intelectual, sino una teorización sobre cómo todos construimos y recreamos cotidianamente, en toda su complejidad, la realidad social. Una tercera prioridad: el respeto absoluto a la gente, una vocación por la empatía responsable y una sensibilidad ante los estudiados, algo que pocos podrían atribuir a una figura pública y poderosa como él.

Por otro lado, dialogaba con distintos autores con conocimiento y respeto, pero no dejaba títere con cabeza. La reflexión y la crítica no eran privativas del autodiagnóstico. También difícil de perdonar, a menos que se entienda la mina de oro que puede significar la lucidez ante la realidad. Para nadie era fácil.

Gabrielle Balazs, con quien hacemos actualmente una investigación comparativa sobre el campo de la salud en México y Francia, trabajó como editora en la revista que Bourdieu fundó y dirigió desde 1975 y que ha publicado trabajos destacados de investigación social, *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*. Ella me platicó en una ocasión que el contacto directo con el gurú era duro y que había tenido que dejarlo pues era muy difícil trabajar con él. Lo dejó después de 25 años. En la película *La sociología es un deporte de combate*, Pierre Carles, cámara en mano, corre tras Bourdieu metiéndose en sindicatos, clases, conferencias, entrevista con Gunther Grass, manifestaciones, actos de protesta, entrevistas, etcétera, dando cuenta de la infatigable labor que llevaba a cabo con su equipo de trabajo en pro